IDEAS Y FIGURAS

FEDERICO VEGA Y VEGA
ADMINISTRADOR

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año I — BUENOS AIRES, 17 DE JUNIO DE 1909 — Número 5

El saludo.

— Yo, señores, me llamo Thibault: he sido el más grande novelista de la Francia actual, pero esa es una gloria volandera. Llamadme maestro bibliófilo y habréis superado mis anhelos: Gargantúa, en nombre de Rabelais, os lo agradecerá.

Salutation.

AU PRINCE DES LETTRES ANATOLE FRANCE.

Salut, maitre sacré de la « si doulce France » !...
En son ame et son coeur tu forges ton cerveau !
Gráce á toi, tout pays est une intelligence,
Tout etre un grand jardin empli de renouveau !

Comme l'on cherche au ciel un astre, l'on dispute
Ta place au firmament des suprémes beautés :
— Es-tu Grec, ou Latin, ou Gaulois ? — Qui réfute
L'immense reve clair de tes obscurités ?

CHARLES DE SOUSSENS.

Los que nos civilizan.

Siempre será malo pretender observar las cosas de muy cerca. La distancia es una virtud de la que debieran aprovechar los intelectuales como las mujeres hermosas. Contemplar desde lejos es contemplar doblemente; nada importan los afeites si el efecto es bello. Lo peor es el análisis á que obliga la aproximación.

La « turris eburnea » de los poetas simbolistas no es una idea descabellada. ¿Se le importa algo á usted, señor lector, de la embriaguez de Poé, cuando siente la emoción sublime de su "Cuervo"? Yo, por mí, no he querido pensar en la cojera de Byron al leer sus admirables y olvidados poemas.

Pero si nosotros, como lectores, no debemos inquietarnos de las cosas personales y estrechas de los artistas, ellos á su vez no debieran salir de su rincón de estudio, « angulo cum libelo », para exponer en la plaza pública las particularidades de su idiosincracia.

La plaza es para los políticos; el arte tiene su rinconcillo agradable y confortable del que no se debe de salir sin exponerse á todos los riesgos de la chacota y de la irreverencia.

Duele mucho saber que ese hombre no es como el artista soñado, que éste es orgulloso, aquel lleno de envidia, el otro rebosante de vanidad, el de acullá codicioso y avaro. Lo mejor es olvidarlo haciendo que vuelvan á su casa, á su cuarto, á su eterna labor en la que no cabe el engaño ni puede intervenir la mentira.

La moda consiste hoy por hoy, en importar intelectuales, como en otro tiempo costosos y finos reproductores. El exceso de vitalidad lleva en América á muchas cosas ridículas. Quisimos (ó quisieron) un día, tener las mejores cabañas y el esfuerzo se hizo, y á la Argentina llegaron los Durham y los Hereford de mayor precio que se ofrecían en Inglaterra. Hoy el caso se repite; queremos tener estátuas y monumentos, y encargamos un lote de cien; queremos tener marina y exijimos que sean los buques como los mayores de Europa; queremos intelectualizarnos y pedimos sendos conferencistas, cuanto más caros mejor.

Yo me complazco en imaginar el telegrama del empresario á su agente en el viejo mundo: « Para el año próximo quiero tres intelectuales de 50.000 $ cada uno. »

Y el agente se lanza á la caza de un intelectual cualquiera, cuanto más célebre mejor. Poco después el hombre llega y fuera de su ambiente, lejos de su medio, trasplantado, engañado, no es el artista que nos acostumbramos á amar, y la ilusión se deshace, y el encanto se disipa.

¿Cuánto beneficio le reporta al buen filósofo que ha venido á descubrirnos la existencia de Rabelais ese viaje al Plata? Como á otros muchos, ese viaje le valdrá unos millares de francos y le costará un poco de esa fé qne teníamos en él.

Ahora ya le hemos visto de cerca, ya sabemos que arrastra un poco una pierna al andar, ya sabemos que es un hombre que usa un hábito blanco y un gorro escarlata para andar por casa. Ya sabemos que le han hecho cobrarnos medio centenar de pesos para oírle leer un libro próximo á publicarse (fr. 3.50). Ya sabemos que es un hombre como el almacenero de la esquina.

Ya no creemos en él.

Cuidado, los que vengan detrás...

JUAN MAS Y PI.

El "affiche" en Buenos Aires.

El dibujante Alonso, autor de la serie de dibujos que componen este número, firma el « affiche » que ofrece en la página que á dichas producciones hemos dedicado exclusivamente.

IDEAS Y FIGURAS publicará, en su número próximo, el ingenioso y habilísimo « affiche » de un joven que oculta sus cualidades, reveladoras de una loable dedicación y de un acierto digno de aplausos entusiastas.

IDEAS Y FIGURAS acoge en sus páginas, como un galardón, la labor de los que empiezan á bregar en el noble arte de que han dado tan valiosas muestras Hohmann, Holmberg, Tolmo, Cao y Alonso,

Vuelo de gloria.

Las alas de la quimera envuelven en un torbellino de promesas al maestro: su vuelo es de gloria — ¡la bendita gloria del franco que ríe! — Firmada la contrata, no importa que las nieblas del horizonte anuncien tempestad.
Gentes vulgares: ¡Dad paso franco á la Belleza!

El fantasmón de la heregía.

La sombra impúdica del maestro, todo heregía y conscupiscencia, se anuncia con una batahola de frailes en dispersión, que acuden beatíficos á conspirar en las celdillas de los confesionarios.

Doncellas púdicas: Santos enclaustrados: ¡Dejad que la Verdad nos ilumine!

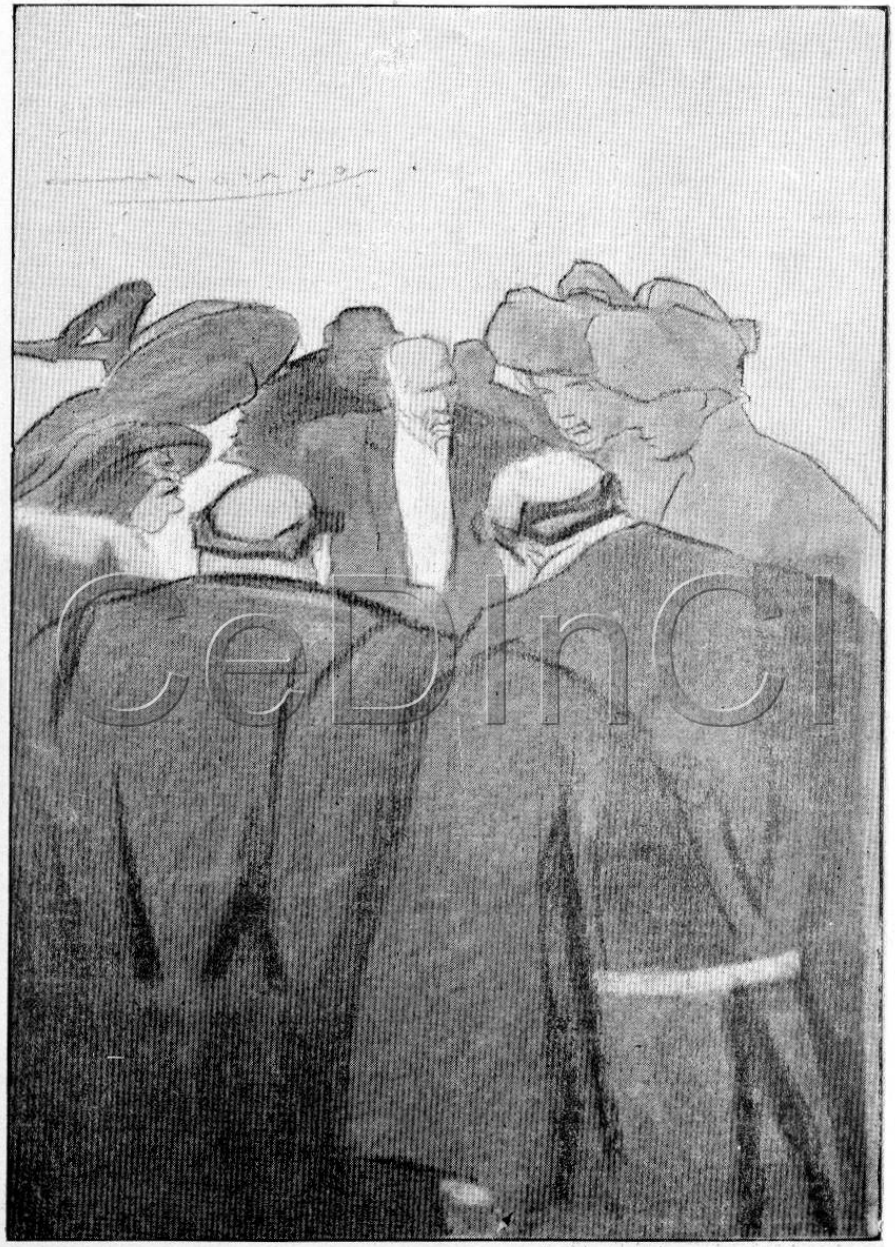
Conciliábulo.

— Hermanos: ya tenemos en nuestro pacífico y venerando solar al herejote, verbo sacrílego que habla de toda maldad y de toda impureza. Amparemos á nuestras amadas hijas de penitencia: defendamos la integridad espiritual de la Iglesia en peligro. ¡Confundamos al impío!

La palabra del maestro.

«Gentiles madamitas: Yo, que he escrito por casualidad nobles páginas de amena y sutil prosa de que hoy me arrepiento sinceramente, no os vengo á hablar, como pensais, del desvergonzado de Rabelais: mi único propósito es narraros, como un inocente bibliófilo, las travesuras del picarón de Gargantúa. — He dicho».
(Primera conferencia).

El aplauso.



Damas y frailes: — Le felicitamos cordialmente, amigo France: sus conferencias, tan mesuradas, nos han hecho dormir á entera satisfacción. Es usted un grande hombre que ha leído mucho.
Los frailes: — Cuente usted con nuestra bendición...
Las damas: — Cuente usted conque leeremos sus novelitas...

Telones y bambalinas.

Recuerdos anecdóticos.

V

Después de las presentaciones hechas con gran ceremonial, entablamos un diálogo animadísimo. Llevaba la batuta el negro de las gafas azules, que era organista de Santo Domingo y gran bajo sochantre.

El maestro Rolon se dirigió al piano. Cloe y Ebe se colocaron á su lado. «Vamos á empezar! Atención! Verán Vds. que las acotaciones preliminares han sido cuidadosamente interpretadas. Claro está que con efectos orquestrales la armonía imitativa surgirá completa. Pero oigan... ¿sienten?... esto es el cefirillo de los Andes»... Y con un dedo mocho comido en su falangeta brutalmente por un panadizo, Rolon hacía un trémolo. «¡Da capo!»

Ya las cimas de los Andes
Bañan los rayos del sol...

¡Más fuerte Ebe!... ¡Sentimiento en esa cadencia larga, Cloe! Más fuerza en el andante! Pia...no... pianiiiiiimo... ¡¡¡forte!!»

Aquellas chicas nos resultaban sublimes. Ebe me miraba con ojos lánguidos y Cloe no apartaba sus dos gotas de alquitran de la cabellera de Nirenstein... Nuestra imaginación volaba en alas de un triunfo que ya descontábamos. La enorme cantidad de pigmento circunvecino se borraba como por arte de encantamiento. Ebe y Cloe eran dos huríes... ¡Estábamos en el paraiso!

«Esto no es nada, dijo Rolón, secándose el sudor de la frente. Escuchen la serenata del arriero. La voy á cantar yo. Ebe tocará cascabeles y Cloe dará los golpes de látigo. ¡Preparadas! ¡A una, á dos, á tres!...»

Rolón hizo filigranas con su voz de barítono. El efecto de los cascabeles obtenido con golpes de batuta sobre las palmatorias del piano y los fustazos que daba Cloe dando palmadas, nos resultaban maravillosos.

La sesión musical fué interrumpida por el té, que sirvió esquisitamente Ebe.

—¿Cuántos profesores componen la orquesta de un teatro de zarzuela chica?

—Dieciocho.

—Voy á necesitar treinta y cinco.

—¡Maestro! Ninguna empresa va á aceptar tal imposición.

—Los pagaremos nosotros. El gran éxito que vamos á obtener, bien merece que prescindamos de nuestros derechos de autores en beneficio de la partitura.

—Como Vd. quiera, maestro.

—Ahora, es necesario firmar un contrato con la empresa á quien hagamos el honor de llevar nuestra obra.

Yo miré á Nirenstin con ojos de asombro. ¿Contrato? ¡Gracias que nos aceptasen la zarzuela!...

—¿Y á qué coliseo van Vds. á favorecer con *Chinck Yonk*? dijo el negro de las gafas azules.

—Al Odeon, donde trabaja Rogelio Juárez.

—¿Tiene voz de tenor, ese artista?

—Tiene voz muy mala, señor, pero es muy gracioso.

—Y el tenor, ¿quién es el tenor? Miren que eso es muy fundamental en el concertante.

—El tenor es Fausto Ortega.

—¿Voz pastosa?

—Muy pastosa.

—Bravo! Está entonces salvado el concertante.

(El Fausto Ortega á quien nos referimos, es actualmente uno de los dueños de los grandes talleres gráficos donde se imprime *Caras y Caretas*).

Casi al anochecer se disolvió aquella memorable tenida artística. Horas después, sufriendo las vejaciones de los porteros y aguantando betíficamente el malhumor del secretario Oliva, pudimos entrar en el escenario del Odeón. Rogelio Juárez se estaba vistiendo para hacer *La rebotica*, del saladísimo Vital Aza. Nos hizo sentar, al propio tiempo que nos decía «Tengo el estómago perdido; Julia, dame el bicarbonato.» Yo había visto beber bicarbonato pero no echárselo al coleto en seco. Rogelio extendió la mano y la señora Martin le volcó medio frasco... Masticando la droga, el gracioso actor nos habló así: «Ustedes vienen por lo de la obrita, ¿verdad? La he leído. Es muy graciosa. Literalmente no tiene peros. Es hasta demasiado artística para nosotros. Pero se han metido Vds. en unos libros de caballería, terribles...

—¿Pues?

—Hemos sacado la cuenta y se necesitan gastar casi dos mil pesos en decorado. Si yo fuera el empresario... ¡ni que hablar! Pero esa gente... Julia, devuélvele el cuaderno á estos caballeros... Ustedes dispensen... pero... ya les digo, la obra hermosísima... Perseveren jovenes, que Vds. llegarán...»

—¡A escena! gritaba el transpunte.

—Con permiso, me llaman.

—¿Empezamos, Don Rogelio? preguntó Pelaez.

—Sí. Adios. Y no se pierdan Vds.; vengan por aquí cuando gusten...

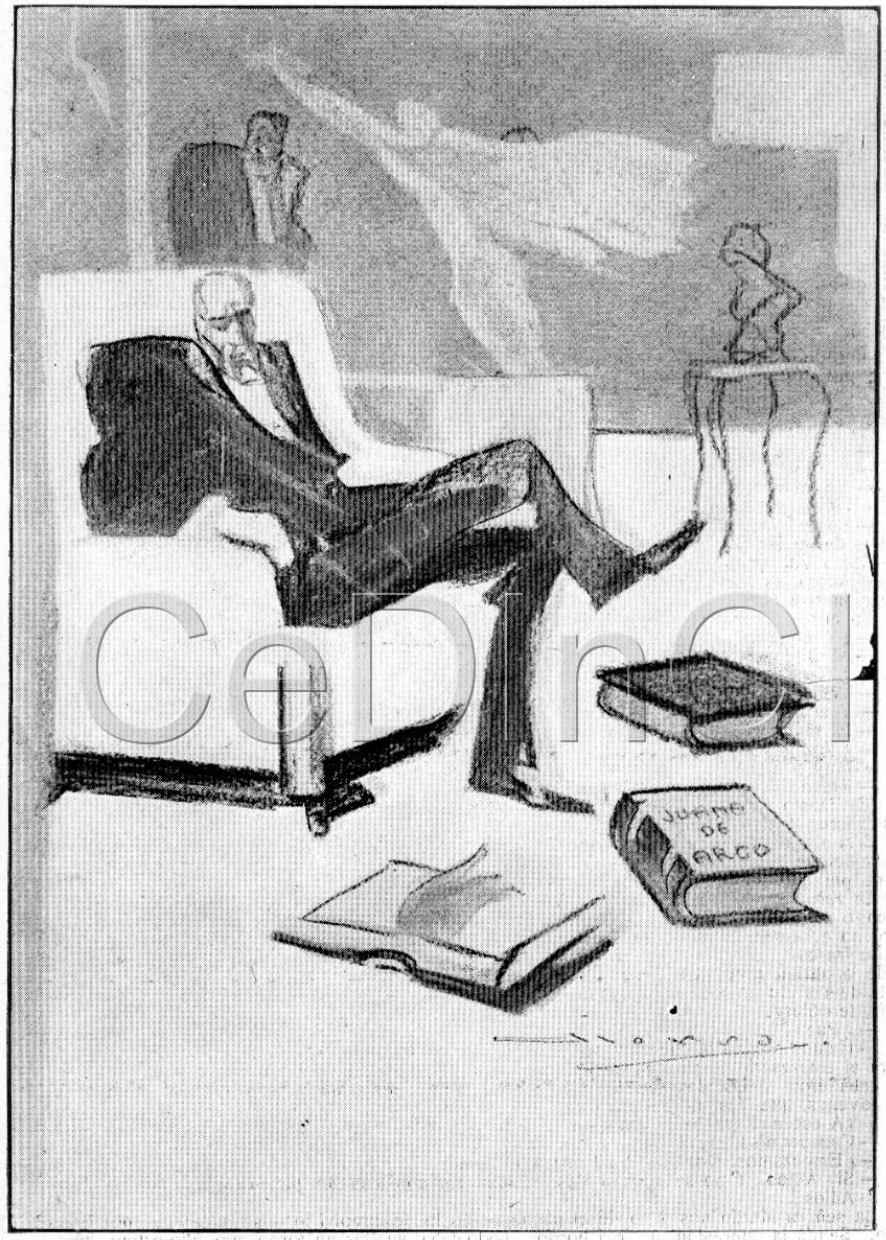
—Adios...

La señora Martin nos devolvió el paquete. Yo lo desenvolví inconscientemente, por hacer algo. Sentía la impresión de ir á bordo. Todo daba vueltas en torno mio. Nirenstein, impasible dijo: ¡la música es muy bonita...!

Con toda picardía, yo había doblado tres páginas del primer cuadro, antes de entregarle *Chiuck Yonk* á Rogelio. Las hojas continuaban dobladas. Evidentemente aquel cuaderno no había sido abierto... Salimos del escenario maldiciendo nuestra mala estrella y subrayando frases un tanto ofensivas para las mamás de los empresarios y de los cómicos.

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO.

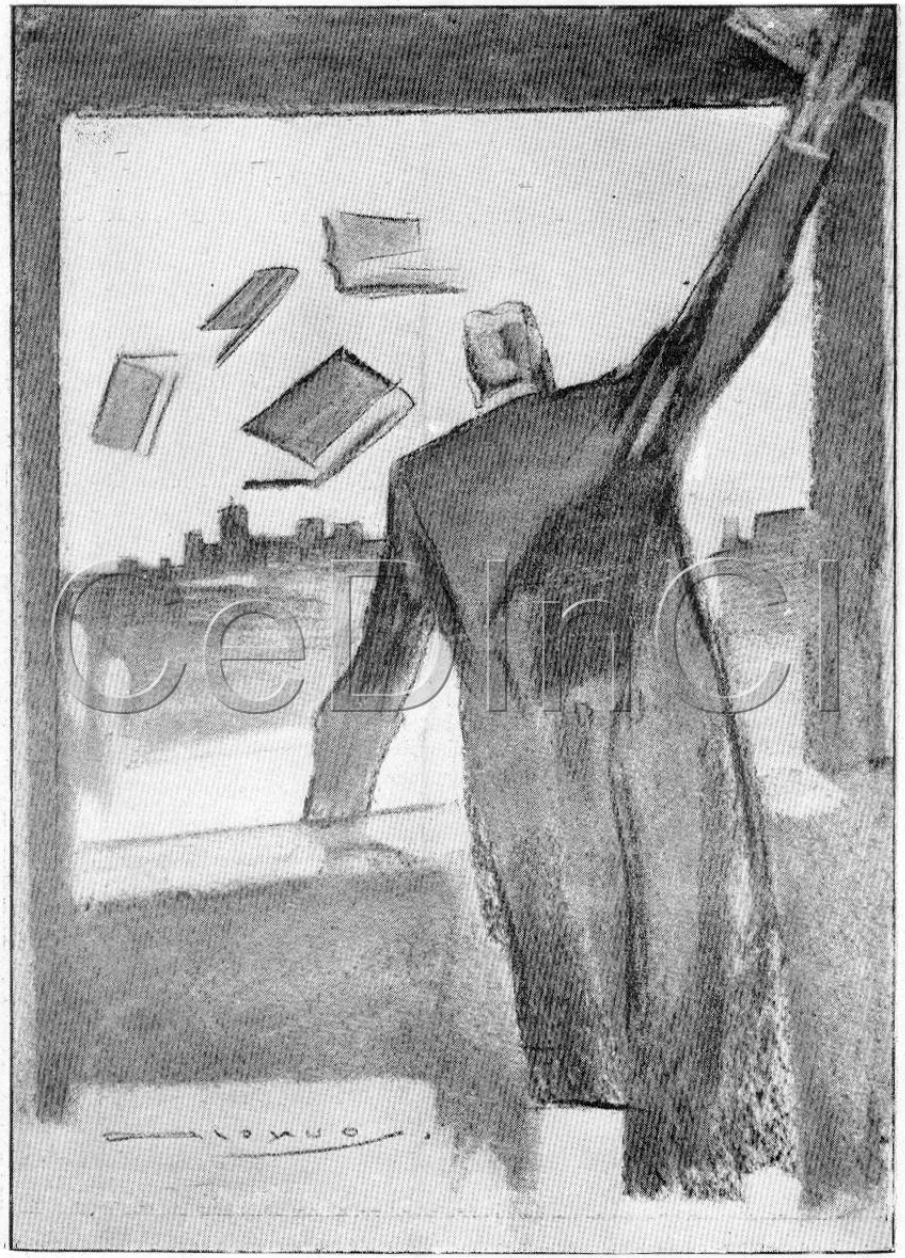
¿Ser ó no ser?...



—¿Quién soy yo, que no me conozco?... ¿Por dónde se ha escapado mi ingenio sutil? ¿Qué se ha hecho mi verbo de artista?... Yo no soy ni el autor del *Jardín de Epicuro*, ni de *Juana de Arco*...? ¿Quién soy yo, en fin?... Un bibliógrafo de Rabelais que lee con torpeza conferencias insustanciales... ¡Y ese soy yo, Anatole France!

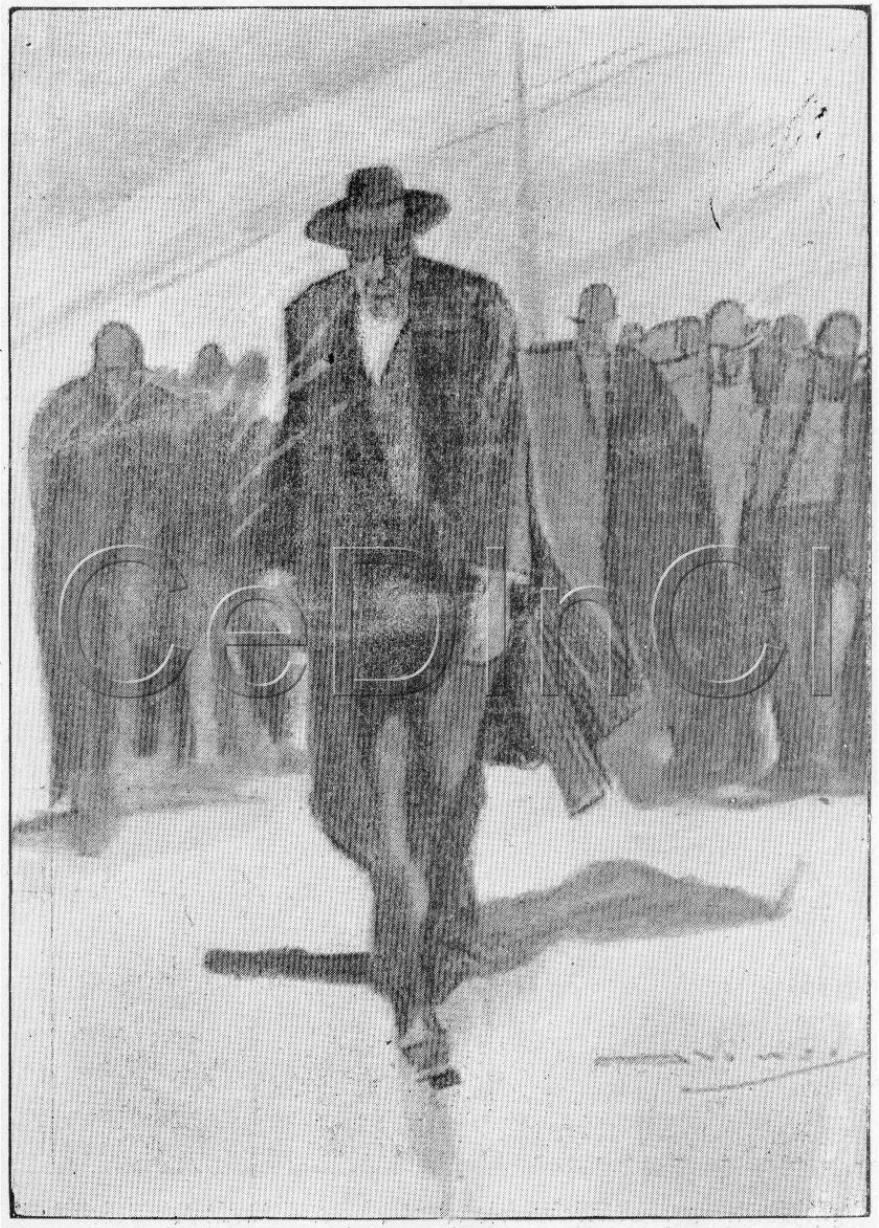
CEDINCI

Yo me acuso...



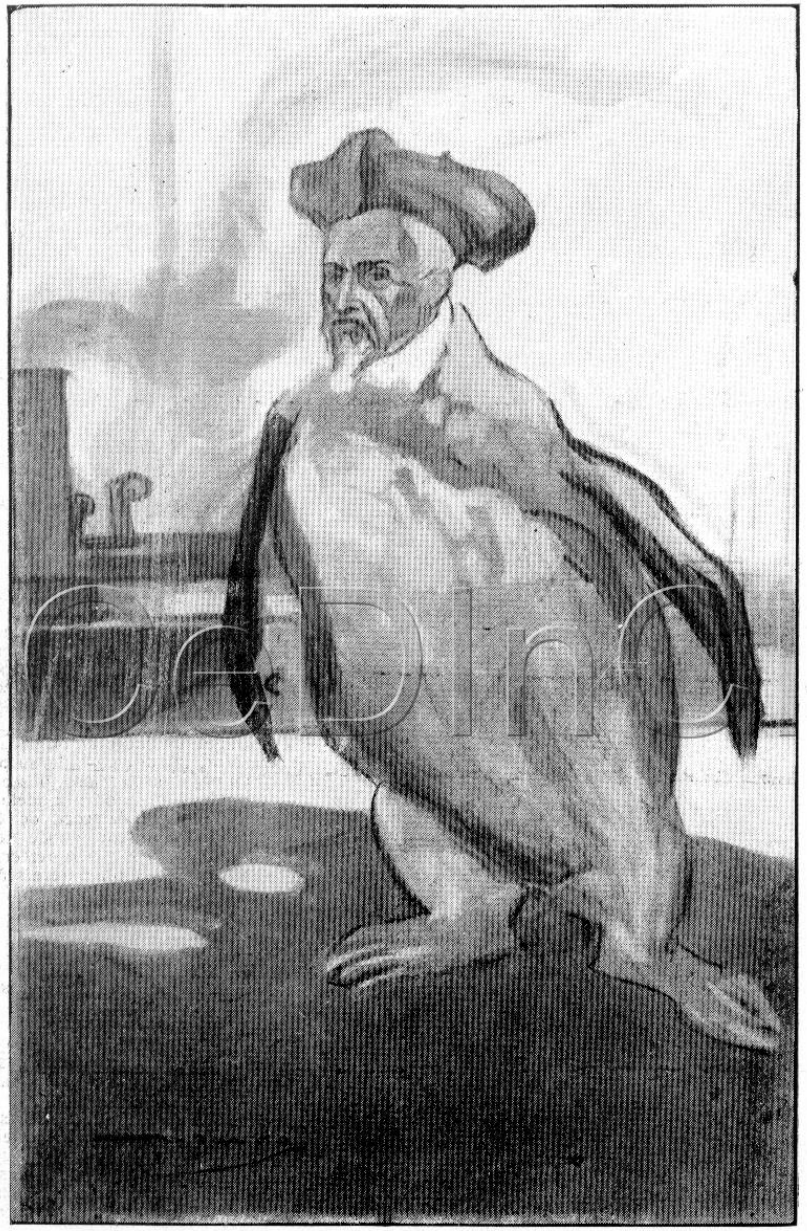
Ante la ciudad indiferente, el maestro lanza á volar la gloria de oro de sus libros ¡esos libros encantadores que se leen con sonrisas de alma!
Desde hoy, ha decidido leer á Rabelais en la tranquilidad de los claustros conventuales, hecho fraile: ¡un fraile devoto, confesor de doncellas y maestro en voluptuosidades espirituales!

El último gesto.



Una voz rebelde, que le agobia con sus quejas dislacerantes, ha despertado en el maestro que ambula térico una idea luminosa de salvación: ¡antes que fraile, pingüino! ... Y la gloria, como una carga inútil, que quede sepultada en Buenos Aires. ¡Los frailes y las damas lo han querido!

Epílogo.



El maestro, trajeado vistosamente, emplumado con toda gentileza por un sastre experto, espera en la Dársena la nave que ha de llevarle á Tierra del Fuego. Allí escribirá, con plumas de sus alas terrenas, que no pueden volar más, su último libro: y le pondrá por título, con el beneplácito de los frailes y el aplauso de las damas, *La derrota de un pingüino del bulevar.*

En la intimidad de Anatole.

Dedicado á Anatole François Thibault, hijo del librero France.

Quien no lo sepa, puede enterarse por mi propia pluma: yo y Anatole France somos muy amigos.

La prensa, pésima é inexacta informadora, ha dicho que el pasajero del «Amazón» ha visitado galantemente á Monsieur Paul Groussac: miente como un pícaro el repórter que haya dicho tal majadería, pues Anatole — no extrañéis que le nombre así, fámiliarmente sólo ha tenido el honor de visitar el quinto piso donde vivo como en una nube: allí me ha envuelto en el calor de un abrazo gargantuesco, asfixiante por lo efusivo.

Con una voz en él desconocida — acaso semejante á la de un Flaubert — ha gritado desde la escalera en un trémolo vibrante:

—¡Mi querido amigo Huysman!

—¡Anatole!... — exclamé preso en súbita ternura, dándole un beso en las guias de la perilla militaresca.

Después, de la mano — la del anillo de blasón — lo conduje hasta mi jaula, que es algo así como la *garçoniere* de un excéntrico arruinado donde aún se conservan, envueltos en un barniz de pátina milenaria, los restos de una época que fué principesca, dorada en exótica opulencia. Los ojos de Anatole, al percatarse con rápida sagacidad del desastre de mi vida, se humedecieron en un brillo de lágrimas: sin poder contenerse, murmuró:

—¡Pobre amigo mío!

—¡Este es el epílogo de una existencia herética! — le respondí, velando la emoción de las palabras en un tono excéptico de buen filósofo. Después, reaccionando, añadí con un bello gesto de dios antiguo:

—¡Tu visita la agradezco... y créeme: no habré de olvidarla en mis memorias... Ahora, cuénteme algo de tu viaje ¡de ese viaje insensato que yo he censurado tánto!

El donoso autor sonrió tristemente, dejando resbalar sus ojos por sobre el mueblaje y los adornos d mi gabinete. ¡Mi gabinete! Se presta, efectivamente, á ser tomado como campo de curiosas observaciones por un visitante tan analizador como Anatole: todo en él revélase en un aspecto de peregrina rareza, extraña y chocante cual si fuese la celda de un sacerdote atormentado por visiones impúdicas. Ved, sinó. Mi mesa-escritorio, colocada frente á la puerta, semeja el túmulo de un cardenal del Renacimiento: allí ha trazado mi pluma — de un marfil translúcido — las bellas páginas que son gloria de la humanidad. Las paredes, cubiertas por una estantería de pinotea incrustada de nácares, se pierden confusamente en un techo pintado al fresco según el sistema del solitario de Guernesey; de las ventanas, como del tabernáculo de un altar, penden cortinillas con angelotes rampantes y vírgenes volantes en campos de sinople y azur — confeccionadas según las reglas de una heráldica santoralesca. Al centro de la estancia, sobre una mesilla árabe de ébano fileteada de mosaicos, un dragón de fuego brota, de una flor de loto; junto á esta fantástica figulina japonesa — que me regalara Loti de vuelta de su primera andanza — la estatuilla de un San Antonio se contorsiona en un espasmo lujurioso, obsceno el mirar y temblequeantes las santas manos pecadoras: ¡un admirable San Antonio modelado en cera por un fraile que no quiso morir sin haber puesto antes en solfa la falsedad de las clausuras disciplinarias! Al fondo, perdida entre los cortinajes de un lecho ascético donde atormento mis delirios de conscupiscente, una monjita tallada en madera sonríe con gracia perversa, á pesar de la severidad de sus hábitos. ¡Divina monja de mis soledades! Ahora parece señalarme con sus manecillas al visitante, como diciendo:

—¡Buen pájaro ha venido á perturbar tu reposo!...

A lo que yo respondo con un guiño:

—¡No temas! Este, al fin, será de los nuestros...

Anatole, que ha obervado con asombro los detalles de la estancia, escandalizado de un misticismo caricaturesco que no comprende, ha dicho en correcto francés — idioma que posee como el suyo propio:

—¡Pero tú no estás cuerdo!

Y yo, con calma jesuítica:

—¡Calla, Anatole! Ya te explicaré, cuando hayamos hablado largamente: ahora dime, según se lo he rogado ya, algo de ese viaje que yo juzgo como el único fracaso de tu vida...

—¡Mi más grande éxito, querido!

Anatole, entonces, llama con grandes voces al doctor que le hospeda — amanuense sustituto de Brousson — y pide una maleta pequeña de cuero labrado, que éste lleva consigo: de ella saca, tranquilamente, la hopa gris y el gorro rójo de sus intimidades caseras, y los sustituye por el traje y el sombrero de calle. El amanuense, discreto, se aleja. ¡Ahora sí que está Anatole á sus anchas, con toda satisfacción! Su rostro resplandece en una placidez juguetona, é instalándose sobre un montón de infolios, comienza á perorar, subrayando las palabras con ademanes á lo Le Bargy:

— Si niegas que soy un hombre feliz, te has vuelto imbécil: mírame bien y verás como todo en mi rie alborozado: los ojos, la perilla, el pie que cojea, el ropón rabelesco, el solideo cardenalicio, el bolsillo tintineante...

— No veo la diferencia; me parece que en Paris...

— ¿En Paris? ¡No me hables de esa aldeona donde mis libros no se venden, ni á nadie se le ocurre escuchar conferencias sobre el clérigo de Meudon! Buenos Aires es la única gran ciudad digna de albergar mi persona y que puede constituirse en pregonera de mis glorias...

— Extrañarás, por lo menos, tu palacio del Bois de Boulogne...

—¿Mi palacio del Bois? ¡Una farsa que han inventado los periodistas, y que en realidad es útil para las mayores ventajas del reclamo! Pero no existe...

—¿Y los lienzos reproductores de Calmettes?

—¡Otra farsa deliciosa! Este monsieur, que es un bohemiazo montmartrés, tiene una inteligencia comercial admirable: verás lo que se le ocurrió una noche en que vagábamos juntos por el bulevar San Miguel, en busca de algún conocido que nos invitase á tomar — ó á comer, porque en realidad aún no lo habíamos hecho en todo el día. «Anatole — me dijo — es doloroso que tu vayas á Buenos Aires á ganar algunos cientos de napoleones y yo me quede aquí en este lamentable estado, comulgando con las ruedas del Molino Rojo: como algo se me ocurre, te lo voy á participar. Yo pinto una serie de lienzos de interior que simulen los varios aspectos de un palacio suntuosamente atiborrado de objetos preciosos, y los presentamos como reproducciones de una casa tuya situada en el Bosque; como los argentinos son muy rastacueros y sufren fama de comprar todo lo que se les antoja de un sabor aristocrático, raro ó pedantesco, se arrebatarán los lienzos á fuerza de billetes é imbecilidad. ¿Qué te parece?» — «Admirable — le contesté — pero lo acepto con una condición: la de que repartamos las ganancias equitativamente, como buenos hermanos mistificadores.» — «Acepto sin reparo alguno.» Y así fué, mi querido Huysman, como se organizó el bombo de «Villa Said» y la serie de lienzos que se venderán como pan bendito...

—¡Pero eso es increíble, che!

—¿*Che*? ¿Qué quiere decir?

—Maestro.

—¡Ah, no sabía! Seguramente será alguna palabra del idioma que hablan en la República Aventurina de Remy de Gourmont...

—Posiblemente, aunque me parece importada por los paisanos de Blasco Ibáñez...

—¿Blasco Ibáñez? ¡Un gran hombre! Ese sí que pronunciará admirables conferencias, superiores en todo á las mías...

—No lo creo, Anatole.

—Pues créelo. Si yo las hubiese escrito, posiblemente no: pero son confeccionadas por mi secretario Jean Jacques Brousson ¡y el chico es algo torpe!... Yo me contento con leerlas.

—Pero entonces tú y las cosas que te atañen no son sino un *bluff* formidable...

—Tú lo has dicho: un *bluff*. ¿Qué quieres? La vida es dura y hay que aprovechar las candideces de nuestros semejantes: de lo contrario ¡adios hospedaje del Dr. Llavallol y contrata del *Odeón*!

Mi asombro expándese en una estupefacción que me arrebola las mejillas y ataraza la lengua: ¡toda la dorada leyenda una farsa de juglar! ¡inciertas las noticias de Gómez Carrillo y Soiza Reilly, cómplices de la trama! Y más que todo eso, lo inconcebible: ¡apócrifas las planchas fotográficas!

Anatole no me parece que es aquel Francisquillo, manso en su ironía, del «Collége Stanislas»: en su hopa de amplios pliegues no es ya el exquisito filósofo epicúreo, sino el discípulo de un diogenismo horteresco y desnaturalizado. No reconozco en este viejo que me sonríe esfíngico al buen camarada de las noches blancas de los *cabarets* donde brindábamos por el triunfo del arte hecho pureza y quintaesencia!... Los billetes argentinos han prostituído á mi Thibault de los bellos gestos y las nobles palabras: desde hoy, se me antojará como una virgen impecable que ha vendido de pronto su pureza al primer transeúnte simpaticón y jacaresco.

Anatole, que ha comprendido las protestas de mi espíritu — que no por apóstata deja de ser noble — se apresta á finalizar la visita: severamente, desde el fondo de mi alma hecha ruinas, le hablo con la dureza de los hombres que han sido azotados por vientos de derrota y claudicación.

—Mírame bien, antiguo amigo mío, y aprende en el ejemplo de mi vida la tristeza de las andanzas descabelladas: yo también, como tú, llegué un tiempo á la Argentina relampagueante de gloria y ya ves como hoy purgo la insensatez de un viaje sin objetivo ni ideal. ¡Pobres de los que pasan el mar con un rollo de conferencias en la maleta y una montaña de ensueños en la imaginación! Llegó un día en que yo, harto de la vida parisina y de mis lucubraciones de un diabolismo bulevardero, decidí — como tú ¡y como tú también tan torpemente! — lanzar en esta ciudad compleja, devota y hereje, cosmopolita y tradicional, una serie de conferencias sobre los amores que la religión ayunta en la sombra de los claustros... ¡La que se armó entonces! A la postre, ni yo di conferencias, ni cobré los haberes de la contrata, ni mi látigo cayó sobre la lepra de los impúdicos. ¡Nada de lo anhelado, en fin!... Y aquí viene, Anatole, lo triste de una contienda en que yo sólo he sido la víctima: el arzobispado, para congratularme, indemnizándome, me ofreció una fuerte suma que yo — ¡débil de estómago! — acepté con vergüenza. Más tarde, ya se sabe: fuí claudicando en mis diabolismos, renegando de mis convicciones, apartándome de mis doctrinas, hasta que caí en el más absurdo misticismo: ésta es la celda donde me encierro y estos son los lábios que te dicen: «Anatole, abandona la ciudad donde los artistas y pensadores se ven obligados á velar la santa verdad hecha belleza: no seas ambicioso, y deja que el Rabelais de tus adormideras — quiero decir conferencias — duerma su sueño sin fin en el vientre pantagruélico de Gargantúa».

Al terminar mi perorata, que he dicho á ciegas en la efervescencia de la alocución, noto que el visitante se ha esfumado en una nube, dejando como únicos recuerdos de su existir humano la hopa gris y el gorro rojo.

Os puedo asegurar, lectores, que yo y Anatole France ya no somos amigos.

Por la sombra de Huysman:

RUY DE LUGO-VIÑA.

Núm. 1 — **Matiné** de lana, para señoras, elegante y abrigado, colores marrón, negro, azul ó blanco, á. . $ 10.—

Núm. 2 — **Tricotas** (golfs) de lana, para señoras, gran moda, con tablitas acordeón, muy elegantes, colores: fondo blanco con adornos punzó, blanco con resedá, blanco con rosa, blanco con celeste, todo azul liso ó todo negro, á $ 4.90

Núm. 3 — **Tricotas** (golfs) de moletón de lana, con cordones de soutache de seda, muy abrigados, colores: blanco, blanco con soutache azul, blanco con soutache rosa, todo azul ó todo negro, á $ 5.90

Núm. 4 — **Tricotas** (golf) de lana, para señora, forma muy elegante, colores: fondo blanco con cuello y puños resedá, fondo blanco con cuello y puños azul, fondo blanco con cuello y puños punzó, todo negro ó todo azul, á . . . $ 6.50

Núm. 5 — **Tricotas** (golfs) de lana, para señoras, con tablitas acordeón, muy elegantes, colores: fondo blanco con adornos resedá, blanco con punzó, blanco con rosa, blanco con celeste, fondo azul con adornos blancos, punzó con blanco ó negro con blanco, á pesos 7.50

Núm. 6 — **Matinés** de lana, cruzados, con cuello de fieltro bordado, muy buena clase, colores: fondo blanco con bordado en el cuello y botamangas, azul ó blanco con bordado color rosa ó blanco con adornos celestes, á pesos 14.90

Núm. 7 — **Tricotas** (golfs) de lana tipo grueso, con bordado en el cuello y botamangas y pechera, colores: fondo blanco con bordado verde, blanco con punzó, blanco con rosa, todo azul ó todo negro, á . . . . . $ 7.90

Núm. 8 — **Tricotas** (golfs) de lana, fondo blanco con jaspeado azul, blanco con punzó, todo negro ó todo azul, á . . . . . $ 8.50

Núm. 9 — **Tricotas** (golfs) de lana, fondo blanco, con bordados en la pechera, muy distinguidos, á. . . $ 9.—

Núm. 10 — **Matinés** de lana, cruzados, ricos botones de nácar, forma muy elegante, colores: todo blanco ó todo azul, á . . . . . $ 9.90

Si Vd. reside en la CAPITAL y no quisiere hacer sus compras al contado, solicite un crédito para comprar en las mismas condiciones que al contado y á pagar en diez meses en mi oficina, Cuyo, 562 (altos).

Si Vd. se halla FUERA de la Capital, pida mi gran catálogo de invierno, ó encárgueme directamente sus compras.
Mi casa en las compras por correo devuelve el importe y gastos si el cliente no estuviese satisfecho.

A. CABEZAS

CUYO, 522 al 562 - Bs. Aires

Próximo número de IDEAS Y FIGURAS: *SÍMBOLOS* — Dibujos de Burghetti. Texto de Juan Mas y Pi. — En preparación: *ESCULTURAS*, por Ernesto de la Cárcova. Texto de Cárlos E. Zuberbühler. — Administración: P. Unidas 2791, Buenos Aires. — **Número suelto: 20 cent.**

Est. Tip. Malena—Cuyo 1771